La magia tiene un precio,
¿estás dispuesta a pagarlo?

SORTILEGIO

MARÍA ZARAGOZA

minotauro

SORTILEGIO

MARÍA ZARAGOZA

minotauro

Primera edición: junio de 2017

© María Zaragoza, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

Las letras capitulares utilizadas en este libro proceden
de *The Discovery of Witchcraft*, de Reginald Scot
(Londres, imprenta de William Brome, 1584)
y las *Disquisitiones magicarum*, de Martín Delrío
(Lyon, imprenta de Horacio Cardon, 1608)

ISBN: 978-84-450-0460-9
Depósito legal: B. 12.102-2017
Preimpresión: Pleka
Impreso en España por Romanyà Valls, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

La ciudad de los lobos

Un lobo enorme la miró fijamente y dejó escapar un aullido. O al menos eso le pareció a Circe. Adormilada, lo había vislumbrado al otro lado de la ventanilla, levantándose sobre sus cuartos traseros en el andén de la estación donde el tren acababa de detenerse. Se quitó los auriculares de un manotazo con premura y abrió mucho los ojos, sólo para comprobar que el lobo permanecía tan silencioso como inmóvil. Un lobo de mármol y varios metros de altura le daba la bienvenida a la ciudad.

Desde tiempos inmemoriales el escudo de la ciudad de Ochoa lucía un lobo rampante, y Circe se había tropezado con esos lobos en los folletos de la universidad donde cursaría sus estudios, en los impresos del Ayuntamiento que le permitirían obtener la tarjeta de la Seguridad Social y en todos los interminables documentos de inscripción que había tenido que rellenar en las últimas semanas. Imaginaba que en aquella ciudad habría manadas de lobos por todas partes, grabados en los escudos y las banderas de los edificios oficiales, en las tapas del alcantarillado y en las farolas del alumbrado público, o en los vagones del metro y del tranvía. También representaba una cabeza de lobo el logotipo de la compañía más importante de la ciudad, una multinacional dedicada a la extracción y procesa-

miento del wolframio, y unas estilizadas y geométricas cabezas de lobo coronaban las cornisas del rascacielos que albergaba sus oficinas centrales. Hasta el equipo de fútbol de la ciudad tenía como mascota un afable lobo de gomaespuma que celebraba los goles con la hinchada local y que se fotografiaba rodeado de niños en el descanso de cada partido.

Nadie hubiera podido asegurar cómo llegaron a Ochoa los primeros lobos. Puede que en los estandartes de las legiones romanas que conquistaron la ciudad más de dos mil años antes. O en las proas de las naves vikingas que en otra época remontaban el estuario del río y asolaban los alrededores. O en los escudos de los señores feudales que repoblaron la región tras incontables guerras que duraron siglos. Circe exhaló un bufido: otra vez le venían a la cabeza visiones de sangre, muerte y violencia. En cualquier caso, no dejaba de resultar paradójico que una ciudad como aquélla, que hasta el descubrimiento de las minas de wolframio había debido su prosperidad a los rebaños de ovejas merinas que por allí cruzaban el río, tuviera como símbolo un lobo.

Un gruñido casi animal la sacó de sus pensamientos. Pero el sonido no provenía de ninguna bestia, sino de un muchacho de su misma edad que, consciente del susto que le había provocado el lobo de piedra, se complacía en gastarle una broma. Circe se sobresaltó tanto que casi se puso en pie de un brinco.

—¿Te importa? Es mi sitio.

Era un chico moreno y con los ojos claros que sonreía abiertamente, acaso festejando en silencio el sobresalto que le acababa de proporcionar. Circe lo miró y se puso colorada: dentro de aquella boca parecía haber muchos más dientes blancos y perfectos que en cualquier otra boca humana.

—Perdona, perdona… Lo siento —contestó ella mientras retiraba los libros y el bolso que invadían el asiento vecino.

—No te preocupes. ¡Bonito pelo!

No pudo evitar llevarse la mano a la cabeza. Avergonzada de su cabello, se puso de nuevo los auriculares y clavó los ojos en la ventana, dispuesta a no volver a mirar a aquel chico impertinente. En silencio maldijo el día en que había intentado

teñirse el pelo con la ayuda de su amiga Rosa. Quedaban pocos días para que Circe abandonara el pueblo y se marchara a la universidad, y le preocupaba que sus nuevos compañeros, nada más verla, la tomaran inmediatamente por una paleta. «Necesitas un cambio de imagen para tu nueva vida», le había dicho su amiga. Pero, por más que lo intentaron, no hubo manera de que su melena adquiriera el tono rosáceo que ambas pretendían. El resultado había sido tan terrible que luego tuvo que cortarse el pelo, y entre el cabello castaño y de punta asomaban mechones blancos, rubios y rosas, como el pelaje de una gata carey. Hasta ese momento, Circe no le había dado ninguna importancia, como no solía dársela a nada que tuviera que ver con su aspecto físico, pero se sintió ridícula cuando un chico tan guapo le hizo un comentario como aquél. Se esforzó en no mirarlo, pero con el rabillo del ojo lo vio sonreír y sacar un libro de su bolsa de viaje.

El tren iba deteniéndose en todas las estaciones de cercanías y parecía no llegar nunca. Circe temió que los escasos veinte minutos restantes se le hicieran más interminables que el largo trayecto recorrido. Quiso imitar a su compañero de asiento e intentó leer un libro, pero el nerviosismo que le causaba observar su reflejo en la ventanilla no le permitía concentrarse. Al final volvió a buscar su canción favorita y respiró hondo, tratando de apaciguar esa presión en el pecho que no sabía si era debida a la emoción del viaje o al desasosiego que le había provocado el joven. Qué podía importarle otro muchacho fastidioso e insolente —se dijo—, ahora que iba camino de una vida nueva o, sencillamente, camino de la libertad, que para el caso eran lo mismo.

Desde que tenía memoria, todos los días de su joven existencia en Valdaya se habían parecido mucho los unos a los otros. Los límites del pueblo eran una frontera, casi una muralla, pero Circe sentía que se había pasado la vida encerrada en un corral. La abuela, que se hizo cargo de ella cuando se quedó huérfana, solía decirle: «Piensas grande, y por eso no te gustan los lugares pequeños». Pero Circe percibía que había algo más: una fascinación fantasmal, una atracción irresistible y casi hipnótica por la

ciudad donde había nacido y que ya no recordaba. La abuela siempre había magnificado los peligros de las aglomeraciones urbanas, nunca se perdía los sensacionalistas programas de televisión que recreaban crímenes del pasado y escrutaba con avidez las páginas de sucesos de los periódicos que compraban cada domingo, a pesar de tener que caminar más de media hora para adquirirlos y de paso hacerse con unos bollos calientes en la panadería del pueblo. La abuela comentaba las noticias de sucesos negando con la cabeza y asegurando que esas cosas sólo pasaban en las grandes ciudades; en el pueblo, donde vivían ellas, los problemas se reducían a una discusión con algún vecino.

Sin embargo, Circe se sentía fascinada por aquella ciudad donde su existencia había comenzado. E imaginaba que si no hubiera sucedido nada de lo que pasó, habría tenido una vida muy distinta, llena de emociones nuevas cada día, deslumbrantes espectáculos, fiestas nocturnas y películas de estreno en el cine. Esas películas que llegaban al pueblo casi un año después y que a veces ni llegaban. El cine de Valdaya había aguantado varios años con una docena de espectadores por sesión, y lo cerraron cuando en una localidad vecina inauguraron un multicines. Circe sabía que la abuela no la llevaría en la camioneta, y ella sólo tenía una bicicleta cochambrosa y un poco oxidada que había heredado de su madre y que hubiera convertido el viaje al pueblo vecino en una misión suicida. Por suerte, la asociación de amas de casa organizaba un cine de verano en el patio de una bodega y, cuando el calor empezaba a apretar, las señoras iban cada noche con sus propias sillas a ver los clásicos de Humphrey Bogart, Paul Newman y Cary Grant mientras cotilleaban y comían churros caseros. Y aunque los jóvenes del pueblo no frecuentaban aquellas veladas, a Circe le gustaban, como le gustaban todos aquellos personajes tan guapos y tan bien vestidos que caminaban por la pantalla como quien camina por el cielo.

Así había fantaseado ella que sería la ciudad, casi sin poder evitarlo, con los retazos de las antiguas películas norteamericanas en blanco y negro que sugerían un aura de romanticismo en las calles atiborradas de vehículos, el incesante trasiego de

gente por las aceras y el contrapicado de los rascacielos. Imaginaba que las personas de todas las ciudades serían tan hermosas y elegantes como ellos. También la fotografía de la boda de sus padres, que la abuela le había regalado en un marco de plata cuando era una niña, sugería esa imagen sofisticada y romántica: sus padres le recordaban de forma inevitable a Kim Novak y a James Stewart.

Pero la abuela torcía el gesto cuando hablaba de la ciudad. Y a pesar de que solía ser una mujer animosa y jovial, componía una mueca de tristeza que no terminaba nunca de definirse, mientras murmuraba: «¡Mi pobre hija!». Después volvía a comentar algo sobre los peligros que acechaban en las grandes ciudades, y casi sin darle importancia seguía con sus quehaceres, como si no hubiera recordado algo doloroso. Como quien se lamenta por un desconocido que ha muerto en una guerra lejana y aparece en el periódico. Como si lo que pasó no hubiera determinado para siempre la vida de Circe.

Cuando tenía tres años, un desconocido mató a sus padres para robarles. A ella no la hallaron hasta el día siguiente. Debió de pasar toda la noche sin moverse de allí, salpicada por la sangre de ellos, tan inmóvil como la encontró la policía. Las autoridades le concedieron la custodia a su abuela, que se la llevó al pueblo para criarla. Fue la última vez que la abuela cruzó los límites de la comarca, la última vez que visitó la ciudad: sólo salió del pueblo para hacerse cargo de su nieta huérfana y de su hija muerta, y llevárselas con ella de vuelta a Valdaya. Al asesino no lo encontraron nunca. Ni siquiera se supo qué quería robarles.

Por eso casi todos los vecinos desconfiaban de ella, la niña que había permanecido una noche entera sentada en un charco de sangre. Los comportamientos extraños siempre resultan amenazantes, y Circe entendía que la gente tratara de protegerse de lo desconocido. ¿Quién podría culparlos? Ella misma tenía que admitir que no era algo muy habitual. Si alguien le hubiera contado esa historia sobre cualquier otro niño, también ella hubiese sentido miedo. Así que algunos inventaban patrañas

sobre el episodio, muchos murmuraban en voz baja y casi todos trataban de alejar a sus hijos de aquella niña rara que no se asustaba de la muerte.

Todo eso hizo que no tuviera muchos amigos en el colegio y fuera muy popular en el instituto. Circe pasó de ser una niña retraída a convertirse en una adolescente misteriosa, y algunos compañeros de clase revoloteaban a su alrededor como mariposas ignorantes de que se quemarán las alas si se acercan demasiado a una vela. En cierta época de la vida a todo el mundo le gusta desafiar las convenciones, pero para entonces ella ya era consciente de que no querían ser de verdad sus amigos: sólo los atraía porque estaba prohibida, porque era la chica misteriosa vestida de negro que se sentaba en la última fila y que, a pesar de todo, iba la primera de la clase. Porque era la muchacha que sus madres no querían que tuvieran por amiga o por novia. Así que tampoco confió demasiado en los compañeros del instituto. Quizá no deseaba tener amigos. Quizá una parte de ella estaba convencida de que, si los tenía, acabaría haciéndoles daño. Quizá se sintiera culpable de haber estado presente mientras asesinaron a sus padres sin hacer nada.

—¿Qué podrías haber hecho tú? Tenías tres años, maldita sea. Ni fuiste capaz de esconderte.

Eso decía la abuela, que no había sido capaz de esconderse. Y a Circe le parecía lo más sorprendente de todo: al parecer, ni había intentado huir. A veces se preguntaba si había llorado. Los niños lloran cuando algo los asusta, pero intuía que ella no lo hizo. Simplemente se quedó allí, sentada en silencio, esperando a que alguien la encontrase. Como si estuviera segura de que alguien la encontraría.

Sólo le confiaba estos pensamientos a Rosa, su única amiga de la infancia, la única niña que había desafiado el miedo para acercarse a ella cuando todavía no era fascinante. Rosa había abandonado el instituto al terminar la enseñanza obligatoria para trabajar en la tienda de sus padres, y con ese gesto generoso se quedaría atrapada en el pueblo para siempre, pensaba Circe. Pero a ella no parecía importarle.

—Se llama sentimiento de culpa; lo dicen todo el rato en las revistas. Tiene razón tu abuela: ¿Qué podrías haber hecho? Eras muy pequeña.

—Apenas los recuerdo. Sé cómo son por la foto de su boda que la abuela me dio hace tiempo. Y en ocasiones los confundo con Kim Novak y James Stewart. Pero no conservo ninguna imagen de ellos en la cabeza. A veces pienso que su muerte fue culpa mía.

—No digas tonterías.

—Bueno, en realidad es algo más fuerte que eso. Miro fijamente esa fotografía y sé que murieron por mi culpa.

Le había costado mucho contárselo a Rosa, pero su amiga la miró como si hubiese dicho que veía un coro de elefantes rosas bailando delante de sus narices.

—No sé cómo una niña de tres años puede ser la causa de la muerte de dos adultos. Además, dijeron que había sido un atraco casual, ¿no? Que lo mismo podrían haber sido tus padres que cualquier otra persona. Y a mí no me parece tan raro que te quedaras allí sentada. No te ofendas, pero hay perros que visitan las tumbas de sus amos o los siguen esperando después de muertos. Un niño no es muy diferente de un perro en su concepción de la vida y de la muerte. Te quedaste allí porque eran tus padres y no sabías qué les pasaba, y punto.

Le hubiese encantado darle la razón a Rosa, como parecía dictarle la lógica. Pero algo en su interior le decía que se equivocaba, o que no había sido del todo así. Pudiera ser que la gente del pueblo tuviese razón al temerla. O que de tanto oírlo hubiera terminado por creérselo.

—Si pretendes que la gente te tenga miedo porque te vistes como un cuervo —decía la abuela—, allá tú. No sé por qué tienes que teñir de negro toda la ropa, que se te queda la palidez de una acelga. Parece que te castigas o que alguien se te ha muerto.

Alguien, sí, sus padres, dos personas a las que apenas recordaba, en una ciudad congelada en la fantasía como la escena de una película en blanco y negro. Durante mucho tiempo

Circe pensó que nunca regresaría a Ochoa y se quedaría atrapada en el pueblo, como su amiga Rosa, dedicada al huerto, las viñas y la bodega, y que finalmente se casaría con un gañán al que daría hijos que a su vez heredarían el huerto, las viñas y la bodega, y vuelta a empezar. A pesar de ello, se esforzaba en conseguir buenas calificaciones y ser una estudiante ejemplar, aunque tampoco alternativas en las que ocupar su tiempo. Hasta que un buen día le confesó sus pensamientos a la abuela.

—No sé por qué crees que no podrás ir a la universidad. Esta familia siempre ha tenido dinero y tus padres te dejaron una buena herencia. Y aunque no fuera así, estoy segura de que hubieras conseguido una beca con esas magníficas notas que me traes. —Y moviendo la cabeza, como si ya no hablara con ella, añadía—: Parece mentira que tengas tan poco espíritu.

Así, cuando quiso darse cuenta, Circe se hallaba viajando en un tren que se dirigía hacia la ciudad donde todo comenzó. La misma ciudad donde ella había nacido y en la que murieron sus padres, como si de golpe pudiese recuperar la vida que podría haber tenido allí. Y conforme se alejaba de la abuela y del pueblo, aquellos sentimientos de culpabilidad o de miedo a hacer daño a los demás también se iban alejando.

Al llegar a la Estación Central de Ochoa, el chico de los ojos claros la ayudó a bajar la maleta, y ella lo tuvo tan cerca que pudo sentir cómo olía. Cedro, era olor a cedro lo que le llegaba de él, envolvente, casi obsesivo, avasallador. Un intenso olor a cedro lo llenaba todo de tal forma que apenas podía moverse. Casi ni pudo darle las gracias cuando él, de nuevo, le sonrió y le dijo.

—Ya nos veremos por ahí.

Circe pensó entonces que aquel muchacho también debía de venir de algún pueblo. Como si fuera posible —se dijo— que volvieran a verse por casualidad en un lugar tan populoso como aquella ciudad, un sitio tan grande en el que todo podía comenzar de nuevo.